

III

DEBATE SOBRE EL ECOLOGISMO NORTEAMERICANO

LA LUCHA POR LA NATURALEZA: LA CRISIS AMBIENTAL Y LA CRISIS DEL AMBIENTALISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Daniel Faber y James O'Connor

1. EL MOVIMIENTO AMBIENTALISTA EN LOS ESTADOS UNIDOS

El ambientalismo moderno de los Estados Unidos se originó en los movimientos "conservacionistas" y "proteccionistas" de final del siglo XIX y principio del siglo XX. Estos movimientos trataron de proteger las especies amenazadas y las maravillas naturales contra la mercantilización y capitalización a manos de empresas rapaces, y de impedir el monopolio de los recursos naturales por un puñado de potentados ladrones.

Después de la Guerra Civil, el conservacionismo se desarrolló como una respuesta a los abusos ambientales resultantes de la rápida expansión capitalista de la industria y la agricultura. Gifford Pinchot, fundador del Servicio Forestal estadounidense, explicó que su objetivo era administrar la tierra y los recursos con un criterio sostenible, o mantener la naturaleza como un recurso productivo además de servir de recreo, a través de una planificación estatal racional. Pinchot y sus colegas consideraron el ambiente tanto propiedad pública como privada.¹ En contraste, el movimien-

to de protección, personificado por el legendario John Muir, fundador del Sierra Club, pretendió establecer parques nacionales como medio de conservar y proteger zonas naturales únicas para la generación presente y las futuras. Mientras Pinchot llamó a los bosques "una fábrica de madera" Muir les concedió un "significado místico".²

Ambos movimientos de conservación y de protección tuvieron el efecto inicial de proteger la naturaleza para los privilegiados y no para la clase obrera de las ciudades industriales. Las organizaciones como el Boone and Crockett Club de Theodore Roosevelt, el Sierra Club y la Audubon Society presionaron con éxito para el establecimiento de parques nacionales, reservas forestales y programas de conservación.³ Reflejando su posición de clase como propietarios de fábricas, banqueros y profesionales liberales, los activistas de estas organizaciones prestaron poca o nula atención al entorno laboral y a la seguridad e higiene comunitarias.

Desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial otro tipo de "ambientalismo" iba evolucionan-

¹ Carl J. Mayer y George A. Ridley, *Public Domain, Private Dominion: A History of Public Mineral Policy in America* (San Francisco: Sierra Club Books, 1985).

² Jim O'Brien, "Environmentalism as a Mass Movement: Historical Notes", *Radical America*, 17, 2/3, 1983, pág. 77.

³ Craig Humphrey y Frederick Buttel, *Environment, Energy, and Society* (Belmont, Wadsworth Publishing Company, 1984, págs 112 a 133); Samuel P. Hays, *Beauty, Health and Permanence: Environmental Politics in the United States, 1955-1985* (New York: Cambridge University Press, 1987, págs 13 a 39).

do en las ciudades, y durante la depresión económica el New Deal de los años 1930 organizó un esfuerzo a gran escala para la reconstrucción del entorno regional, encabezado por grupos de mujeres de la clase media, funcionarios de sanidad y médicos, que trató de solucionar problemas aparentemente insolubles de contaminación, sanidad e higiene pública. Hacia la década de 1880 la mayoría de las ciudades habían construido sistemas de aguas residuales; en 1890 se trató el problema de la basura doméstica y a principios del siglo XX se mejoraron los sistemas de aprovisionamiento de agua y de aguas residuales. Apremiado por las epidemias y las condiciones urbanas insalubres, el Congreso aprobó sucesivamente la Ley de Alimentos y Medicamentos, la Ley de Inspección Cárnica y la Ley de las Construcciones Viejas.

La depresión económica resucitó el conservacionismo, llevado por Frank Delano Roosevelt, Harold Ickes, Henry Wallace y el "padre de la conservación del suelo", Hugh Bennett. El *dust bowl* o tormentas de polvo en los estados de las llanuras era el problema más visible y más dramático. Pero las décadas de olvido de las tierras públicas, la fauna silvestre, la calidad del agua y el control de las inundaciones, y los bosques, mucho de lo cual se había degradado o destruido como resultado de la acumulación capitalista incontrolada, llevó al gobierno de Roosevelt a organizar un extenso programa de reconstrucción ecológica, especialmente en el sur, bajo los auspicios del Servicio de Conservación del Suelo [Soil Conservation Service], el Cuerpo Civil de Conservación [Civil Conservation Corps], la Administración del Valle de Tennessee [Tennessee Valley Authority], la Ayuda Federal Pitman-Robinson para Restauración de la fauna silvestre de 1937 [Pitman-Robinson Federal Aid in Wildlife Restora-

tion Act] y la Ley de pastos de Taylor [Taylor Grazing Act]. De este modo los medios rurales y urbanos víctimas del capitalismo de los ladrones potentados, pasaron a ser parcial o totalmente renovados. Junto con los movimientos conservacionistas y proteccionistas más antiguos, los programas de sanidad pública urbana y de reconstrucción del New Deal fijaron precedentes decisivos para los tipos de ambientalismo que han aparecido durante los últimos cuarenta años.⁴

Después de la Segunda Guerra Mundial, la base del movimiento ambiental se amplió. Grupos de clase media y de clase obrera se organizaron para conservar la naturaleza en todo el país. Los grupos tradicionales de conservación/protección aumentaron y lograron que el Congreso aprobara diversas leyes sobre terrenos públicos (1984 Wilderness Act, 1974 Forest and Rangeland Renewable Resources Planning Act, y 1976 Federal Lands Policy and Management Act). Hoy 43,9 millones de hectáreas se hallan dentro de la categoría de Bosques Nacionales y están reguladas como de "uso múltiple" (léase "de negocio múltiple"); 30,8 millones de hectáreas están dentro de la categoría de Parques Nacionales, cerrados a la minería, la industria maderera y la ganadería; y la categoría de Reserva Silvestre Nacional abarca más de 31,6 millones de hectáreas. De este modo el movimiento de conservación/protección llevó a la regulación de la capitalización de la naturaleza y a impedir sobre todo en el Oeste⁵ muchos de los abusos ocasionados por la apropiación de los recursos naturales para la obtención de beneficios.

Las organizaciones conservacionistas se fundieron parcialmente en un ambientalismo de amplia base, que se opuso a la explotación de los recursos naturales y también a la explotación de los trabajado-

⁴ Joseph. M. Petulla, *American Environmental History* (Columbus: Merrill Publishing Company, 1988).

⁵ Para la historia de las luchas conservacionistas, véase Stephen Fox, *The American Conservation Movement: John Muir and His Legacy* (Madison: University of Wisconsin Press, 1985); William K. Wyant, *Westward in Eden: The Public Lands and the Conservation Movement* (Berkeley: University of California

Press, 1982); Samuel P. Hays, *Conservation and the Gospel of Efficiency: The Progressive Conservation Movement 1890-1920* (Cambridge: Harvard University Press, 1959); Bernard Shanks, *This Land is Your Land: The Struggle to Save America's Public Lands* (San Francisco: Sierra Club Books, 1984); y Roderick Nash, *Wilderness and the American Mind* (3.ª edición) (New Haven: Yale University Press, 1967).

res en el trabajo y en su lugar de residencia. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial al ambientalismo moderno se fundamenta materialmente en la creciente degradación ecológica de la ciudad y el campo. Ahora una clase asalariada y una clase obrera ambientalmente conscientes exigen protección contra los peligros de la producción petroquímica, la energía nuclear y otras industrias. Los sindicatos están más comprometidos. Las nuevas amenazas para la salud y la seguridad de la comunidad han traído luchas en favor de la salud ambiental. El crecimiento de la nueva clase media, con la importancia que concede a la calidad de vida y a la necesidad de escapar de la ciudad y su contaminación, aglomeración y tensiones raciales, desarrolló un nuevo interés hacia la protección, además de ideas para nuevos artículos de consumo para el excursionismo y otras actividades de recreo al aire libre. El Día de la Tierra de 1970 simbolizó la fusión del conservacionismo y el proteccionismo tradicionales con las preocupaciones acerca del medio ambiente de los ciudadanos urbanos, la clase media y los estudiantes.

Las conservacionistas del siglo XIX y de principios del siglo XX lucharon para evitar que las montañas, los valles y otras tierras apreciadas se volvieran propiedad privada capitalista. El movimiento ambiental moderno amplió y democratizó estas luchas incluyendo la protección de la naturaleza para la clase media en la forma de zonas residenciales, cinturones verdes y otros terrenos públicos. Los esfuerzos de las clases medias urbanas y suburbanas, y también de los nuevos movimientos urbanos de 1960 y 70, ampliaron tanto en cantidad como en calidad la naturaleza disponible para el consumo privado y social. Como resultado de la congestión se exigían más y mejores parques y terrenos públicos. Una "calidad ambiental" mayor y mejor, la descentralización de zonas industriales, la contaminación y otras amenazas para la comunidad eran los temas que

se asociaron con una nueva versión del sueño americano. Abundaron las luchas para "Salvar a Nuestra Tierra", "Salvar Nuestro Valle", "Salvar Nuestras Montañas", "Salvar Nuestros Ríos", "Salvar Nuestra Tierra de Cultivo", "Salvar Nuestros Bosques", y "Salvar Nuestra Fauna".⁶ Surgió una política de "no crecimiento" a partir de los esfuerzos de las comunidades por protegerse de los peores excesos del desarrollo capitalista, además de reclamar el control local democrático y la reglamentación del uso de la tierra y de los recursos naturales.

Desde finales de los años sesenta se presentaron los temas ambientales en términos de los derechos del consumidor, de una manera potencialmente contradictoria para la acumulación capitalista. Las reclamaciones políticas en favor de una naturaleza para el consumo presuponían una lógica "de exclusión" contra la explotación capitalista de la naturaleza. La expansión es la condición para la exclusión, igual que la exclusión es la condición para la expansión. Sin embargo, la realidad es que en cuanto al uso de la tierra, la exclusión y la expansión son más bien las condiciones de un conflicto insoluble.⁷ Los resultados de una política ambiental excluyente retardaron el crecimiento económico al poner nuevos límites a la renovación urbana y a un transporte público más eficaz en algunas ciudades, lo que a su vez aumentó los precios de las viviendas, amenazó con asfixiar el mercado de la construcción y generó una demanda de sueldos más altos.⁸ En resumen, el ambientalismo creó una capa de inflexibilidad para el capital autoexpansivo.

Sin embargo, el movimiento ambiental contemporáneo también está organizado alrededor de los temas como la calidad ambiental y la salud humana. Algunas organizaciones, cada vez más conscientes de la conexión entre los diversos aspectos de la contaminación y el bienestar físico y mental de la comunidad, empezaron a ir más allá de la política de conservación y de exclu-

⁶ Wendell Berry, *The Unsettling of America: Culture and Agriculture* (New York, Avon Books, 1977).

⁷ Sidney Plotkin, *Keep Out: The Struggle For*

Land Use Control (Berkeley: University of California Press, 1987, pág. 10).

⁸ Bernard J. Frieden, *The Environmental Protection Hustle* (Cambridge, Mass: MIT Press, 1979).

sión, introduciéndose en los ámbitos de la producción y el consumo, la planificación y zonificación urbana y otras cuestiones que se habían desatendido desde los movimientos de reforma económica y social de la época Progresista de principios de siglo. En la terminología marxista, los ambientalistas comenzaron a formular preguntas concretas sobre lo que sucedía dentro de los circuitos del capital, no solamente fuera de ellos.

El momento más importante para los activistas y organizadores radicales fue la reaparición de las luchas sobre la salud y la seguridad de los trabajadores en el trabajo y en la comunidad. A menudo encabezadas por las organizaciones de salud y de seguridad, estas batallas vincularon a veces a los movimientos obreros y ambientalistas para formar coaliciones alrededor de iniciativas legislativas específicas.⁹ La salud y la seguridad ocupacional se convirtieron principalmente en un asunto de los trabajadores más que del sindicato, pero a veces se generalizaron y se desplegaron en una demanda mayor a través de las organizaciones de los consumidores y ambientalistas que exigían protección contra las "externalidades negativas" o los costes sociales de la producción. Hacia finales de los años sesenta y especialmente en los años setenta, la salud y la seguridad de los trabajadores se había convertido en una cuestión política importante para muchos políticos de los estados mineros del carbón, uranio y otros, además de las regiones textiles.¹⁰

Aunque se quiso forjar contactos organizativos entre el movimiento de recreo proteccionista-ambiental, que era en su mayoría de la clase media, y las organizaciones de salud y seguridad en el trabajo, en los años sesenta estos dos grupos tendían a des-

arrollarse independientemente. Hacia el fin de la década el primer grupo había presionado para la aprobación de diversas leyes relacionadas con el ambiente (National Environment Policy Act, 1969; Environmental Quality Improvement Act, 1970; Clean Air Act, 1970; Federal Water Pollution Act, 1972). Por su parte la militancia obrera, combinada con un grupo de presión de más de 100 organizaciones obreras, de consumidores, religiosas y ambientalistas logró la aprobación de dos leyes relacionadas con la salud y la seguridad laboral (Coal Mine Health and Safety Act, 1969; Occupational Health and Safety Act, 1970).

De este modo limitado y a menudo ad hoc, los intereses de la clase media y la clase obrera coincidieron sobre temas de calidad ambiental y la explotación de la naturaleza en general. Los temas de degradación ambiental surgieron en torno a las zonas industriales, mineras y de obras públicas. La lucha del movimiento obrero contra la explotación de la salud y la seguridad laboral se intensificó en el lugar del trabajo y se desbordó sobre las comunidades cercanas. Los activistas de los sindicatos de siderúrgicos, operarios de máquinas, trabajadores de las fábricas de automóviles y otros ayudaron formular y aprobar las enmiendas a las leyes sobre el aire y el agua [1970 Clean Air Act y 1972 Clean Water Act]. Los organizadores del Sierra Club apoyaron la huelga de 1973 de los Trabajadores de Petróleo, la Química y la Energía Atómica sobre cuestiones de salud y seguridad contra la empresa Shell Oil. No obstante la disputa "empleo versus ambiente" pronto sabotó la posibilidad de alianzas más permanentes y de base amplia entre los dos movimientos, especialmente frente a los crecientes problemas económicos a partir de 1975¹¹.

⁹ Véase O'Brien op. cit. págs. 13 a 15. La introducción de nuevos procesos de producción y de tecnologías llevó a bruscas subidas en el índice de accidentes industriales y enfermedades laborales. Charles Noble, *Liberalism at Work: The Rise and Fall of OSHA* (Philadelphia: Temple University Press, 1986, pág. 63).

¹⁰ Por ejemplo, los mineros del carbón de Virginia Oeste y Kentucky ganaron diversas concesiones del capital y del Estado sobre las condiciones de seguridad e higiene. Trabajando con la Black Lung Association, con el tiempo lograron la aprobación de la Ley de Seguridad e Higiene en la Minería del Carbón de 1969

[Coal Mine Safety and Health Act] (Noble, op. cit. págs 70 a 71). También han aparecido luchas sobre el cáncer provocado por el asbestos y la bisinosis (pulmón marrón). Véase Daniel Berman, *Death on the Job* (New York: Monthly Review Press, 1978).

¹¹ Para una interpretación histórica de estas convergencias y las divisiones generadas por el capital entre los movimientos laborales y ambientales, véase Richard Kazis y Richard Grossman, *Fear at Work: Job Blackmail, Labor and the Environment* (New York: Pilgrim Press, 1982).

Un aspecto decisivo de la estrategia de ambos movimientos fue reformar el gobierno federal para que fuera más democrático y sensible a las necesidades y demandas que percibían. El establecimiento de la EPA (Agencia de Protección del Entorno) [Environmental Protection Agency], el OSHA (Administración de Salud y Seguridad Ocupacional) [Occupational Health and Safety Administration] y el CEQ (Consejo de Calidad del Entorno) [Committee for Environmental Quality] trató de evitar el contacto con el Departamento de Recursos Naturales y otros departamentos sometidos a los intereses empresariales e introducir un mínimo de democracia dentro de la misma burocracia estatal.

La creación de la EPA, la OSHA y el CEQ, la derrota del imperialismo estadounidense en el sureste de Asia y una sensación de prosperidad económica junto con el escándalo de Watergate y las investigaciones contra la CIA, produjeron un optimismo general en los círculos liberales y ambientalistas sobre la posibilidad de regular más las condiciones laborales, ambientales y urbanas. El crecimiento económico relativamente fuerte y la crisis del momento de la política de seguridad nacional crearon el espacio para la negociación política y el compromiso entre las direcciones de las organizaciones obreras y ambientales y los políticos tradicionales liberal-moderados, acerca de la aprobación y la implementación económica de esa legislación. Las alianzas montadas alrededor de las nuevas preocupaciones sobre los residuos peligrosos y la contaminación tóxica, reforzaron este proceso. La National Wildlife Federation y el Sierra Club organizaron coaliciones con organizaciones de consumidores, sindicatos y otros grupos interesados por los peligros para la salud que representa el uso de plaguicidas y otros productos tóxicos. También aparecieron nuevas organizaciones ambientales en los años setenta, incluidos el Environmental Defense Fund, Environmental Policy Institute, Greenpea-

ce, National Resources Defense Council, Friends of the Earth y Environmental Action, cuyos organizadores hacían campaña contra las nuevas y peligrosas tecnologías y industrias. Se estableció un mínimo de unidad entre los grupos obreros y ambientalistas sobre los temas de la salud comunitaria.¹² Desde mediados de los años setenta y a lo largo de los ochenta siguieron creciendo coaliciones nuevas y antiguas, compuestas de cientos de organizaciones de base, como Public Citizen, Citizens Clearinghouse on Hazardous Waste y la National Campaign Against Toxic Hazards, en el contexto de las crisis planteadas por la producción y el almacenamiento de residuos tóxicos.

Los ambientalistas también se juntaron con las organizaciones de consumidores preocupadas por la proliferación de productos de consumo peligrosos —un esfuerzo inspirado al principio por Ralph Nader— y junto con grupos de salud y seguridad presionaron por la aprobación de la ley de seguridad de los productos de consumo, Consumer Product Safety Act de 1972. Los ambientalistas entraron de forma natural en los campos de aditivos alimentarios, las papillas y biberones infantiles dudosos y los automóviles inseguros, y a la vez lucharon para controlar la contaminación y las tecnologías peligrosas. Sus esfuerzos llevaron a más reglamentos en la preparación de alimentos, la fabricación de juguetes, las medicinas, las sustancias químicas domésticas y otros artículos de consumo, aunque el gobierno no remontó la pista de los productos de consumo nocivos hasta los procesos de producción peligrosos y las estructuras reguladoras y económicas antidemocráticas.¹³

Hacia mediados de los años setenta miles de grupos que luchaban por la conservación y la protección de los recursos naturales, el espacio verde local, la salud y la seguridad del trabajador y la comunidad, las fuentes de energía inocuas y la seguridad de los productos de consumo, forma-

¹² Hays, *op. cit.* págs. 287 a 328.

¹³ Pero algunos activistas ecologistas están en el movimiento del "derecho a saber" de los años ochenta vinculado con el movimiento para la seguridad y hi-

giene en el trabajo y que exige que se informe los trabajadores y las comunidades cercanas sobre los tipos de sustancias y tecnologías que emplean las empresas en el lugar de trabajo.

ron un movimiento social de amplia base pero muy escasamente organizado. En 1975, cinco millones y medio de personas contribuyeron a financiar a 19 organizaciones destacadas, y tal vez otros 20 millones apoyaron a más de 40,000 grupos locales.¹⁴ Al final de la década el Congreso había aprobado más de veinte leyes importantes regulando los productos de consumo, el ambiente y las condiciones en el lugar de trabajo. El marco legal para la protección ambiental se transformó de un sistema de daños para la propiedad de derecho penal, en una rama especializada de la ley federal administrativa.¹⁵ Las nuevas agencias federales se volvieron armas del movimiento ambiental. Los efectos de estas actividades contra los productos tóxicos resultaron intoxicantes para el capital y sus beneficios. El capital estadounidense, ya sin control sobre la política en campos decisivos, abrumado por las regulaciones y la rigidez gubernamentales y víctima de los altos precios de la energía, la "entanflación" económica y el descenso de la productividad laboral, y la costosa protección del trabajador, del consumidor y del ambiente (entre otros problemas) trató de evitar, escapar y desplazar los costes de las leyes laborales y ambientales. La hiperinflación y las elevadísimas tasas de interés al final de la década eran señales seguras de que la industria, la minería y otras empresas no podían continuar pagando los actuales niveles de protección de los trabajadores y el ambiente. Las empresas estadounidenses se enfrentaron con una competencia intensa en el mercado mundial, que hacía difícil o imposible desplazar los costes al consumidor. El neoliberalismo de los últimos años de Carter y del nuevo gobierno de Reagan no apoyaban los intentos de que la administración pagara la factura de la protección y la limpieza del ambiente. Las nuevas ideologías de liberalización, desregulación y privatización de los años 1980 dieron un terreno político nuevo y desfavorable para el ambientalismo y para el movimiento laboral.

¹⁴ Véase Francis Sandbach, *Environment, Ideology and Policy* (Montclair, NJ: Allanheld, Osmun, 1980, pág. 13).

2. EL AMBIENTALISMO COMO BARRERA SOCIAL A LA ACUMULACION CAPITALISTA

A menudo los ambientalistas liberales desatienden o tratan de minimizar los efectos sobre la rentabilidad capitalista de los éxitos que el movimiento ambiental ha tenido. De hecho, las luchas y las leyes ambientales han tenido consecuencias negativas, aunque inintencionales, sobre las condiciones para la acumulación capitalista. Las leyes ambientales aumentaron los costes del capital pero no los ingresos. A diferencia de la nueva maquinaria, que aumenta la productividad laboral e indirectamente baja los costes unitarios de bienes salariales (lo cual aumenta la plusvalía relativa, en la terminología marxista), los aparatos de disminución de la contaminación y la tecnología de limpieza ambiental normalmente aumentan los costes, y por tanto, siendo igual todo lo demás, reducen los beneficios, o hacen aumentar los precios. Esto no es siempre cierto. Muchas empresas estadounidenses emplean técnicas que ayudan a utilizar los combustibles o las materias primas de manera más eficaz, recogen y emplean de nuevo los materiales residuales antes de que salgan de la fábrica y facilitan un control más amplio sobre los trabajadores y una mayor productividad laboral. Sin embargo, en los Estados Unidos la mayoría de los aparatos de control de la contaminación simplemente se añaden a la fábrica y maquinaria actuales y no hacen la industria más eficaz en cuanto a sus costes. Por ejemplo en la industria del cobre los costes para cumplir las leyes del aire limpio y del control de la contaminación de las aguas [Clean Air Act y Water Pollution Control Act] y los reglamentos sobre la eliminación de residuos sólidos y sobre la salud y la seguridad del trabajador, ascendieron a más del cuarenta por ciento del total de los gastos de capital en esa industria entre 1973 y

¹⁵ Martin H. Belsky, "Environment Policy Law in the 1980's: Shifting Back the Burden of Proof", *Ecology Law Quarterly*, 1, 1984, p. 12.

1977, tornando esa industria incompetitiva en el mercado mundial.¹⁶

Es importante subrayar que si los reglamentos aumentan los costes de capital en cuanto a sus materias primas (como el cobre) y también en las industrias de bienes de equipo (es decir, las industrias que suministran inputs para otras industrias), entonces se generalizan costes más altos en toda la economía, para todas las industrias. Los mismos reglamentos aplicados a las industrias de bienes de consumo influyen en el coste de un solo producto o como máximo unos cuantos. En los años setenta casi la mitad de todo el capital nuevo se invirtió en las industrias contaminantes sujetas a las nuevas regulaciones ambientales; por ejemplo el petróleo, las petroquímicas, la energía eléctrica, la minería a cielo abierto y la siderúrgica, que abastecen a otras industrias. Las leyes ambientales aumentaron por tanto los costes del capital en el conjunto de la economía. Un buen ejemplo fueron los costes de construcción de las 116 centrales térmicas de carbón construidas entre 1971 y 1978, que aumentaron el 68 por ciento en términos reales. El 90 por ciento de este aumento fue atribuible a las modificaciones anticontaminantes exigidas por la EPA. En la misma época se construyeron 46 centrales nucleares, y sus costes reales de construcción aumentaron el 142 por ciento, debido en su mayor parte a la instalación de mecanismos para minimizar el riesgo de accidente.¹⁷

Los empresarios pronto empezaron a calcular los costes de las legislaciones ambientales y sus consecuencias sobre los beneficios. En el estudio de la Mesa Redonda de los Negocios, "El coste de la regulación gubernamental", se calculó que el incremento de los costes para cuarenta y ocho empresas por las actuaciones de seis agen-

cias reguladoras (incluidas la EPA y la OSHA) era de 2.600 millones de dólares en 1977, aproximadamente el diez por ciento de sus gastos totales de capital, sin incluir los retrasos en la construcción de nuevas fábricas y maquinaria y la incertidumbre y la rigidez financiera. Los departamentos gubernamentales se hicieron eco de la queja empresarial cuando el Consejo de Calidad Ambiental dio un cálculo cauteloso estimando en 1980 que los Estados Unidos gastaron alrededor de 271.000 millones de dólares en la reducción de la contaminación entre 1972 y 1979 (se esperaba que entre 1979 y 1988 hiciera falta una suma adicional de 518.000 millones de dólares).¹⁸ Según el Consejo, sólo el coste para adecuarse a la ley de aire limpio era 22.000 millones de dólares en 1979, desembolso que se pronosticó que aumentaría el 38 por ciento entre ese año y 1988.¹⁹ Además, el Consejo para los Salarios y la Estabilidad de los Precios calculó que cumplir las leyes para los 2.415 agentes carcinogénicos conocidos o sospechosos podría suponer 526.000 millones de dólares en costes de capital y costes recurrentes.²⁰ Y la EPA declaró que costaría 44.000 millones simplemente limpiar los vertederos de residuos más tóxicos del país.²¹ Y los costes de limpiar la lluvia ácida, la contaminación oceánica, impedir la reducción de la capa de ozono o reducir o compensar el efecto invernadero son realmente astronómicos.

Aparte los aumentos de costes del capital como los perciben los empresarios, las leyes ambientales quitaron flexibilidad al despliegue del capital y la fuerza laboral. Las leyes de la Política y la Gestión de Tierras Federales de 1976 [Federal Lands Policy and Management Act], de la Zona Litoral de 1972 [Coastal Zone and Management Act], de Especies Amenazadas de

¹⁶ Chibuzo Nwoke, *Third World Minerals and Global Pricing: A New Theory* (New Jersey: Zed Press, 1987, págs. 175 a 181).

¹⁷ "Clean Coal -What Will it Cost?", Interview with Charles Komanoff, *Dollars and Sense*, Marzo de 1980.

¹⁸ Noble, op. cit. págs. 107 a 108; Walter A. Rosenbaum, *Environmental Politics and Policy* (Washington D.C.: Congressional Quarterly, 1985, págs 12 a 14).

¹⁹ Alfred A. Marcus, "EPA's Successes and Failures", en *Controversies in Environmental Policy*, Sheldon Kamieniecki, Robert O'Brien y Michael Clark, eds. (Albany: State University of N.Y. Press, 1986, pág. 159).

²⁰ Noble, op. cit. págs 12 a 20 y 248.

²¹ Lewis Regenstein, *How to Survive in America the Poisoned* (Washington D.C.: Acropolis Books, 1986, págs 736 a 737).

1973 [Endangered Species Act], de la Protección de los Mamíferos Marinos de 1972 [Marine Mammal Protection Act], impidieron el acceso libre y fácil a recursos renovables y no renovables. Los reglamentos de la Consumer Product Safety Commission y de la Food and Drug Administration crearon barreras a una expansión del mercado más rápida. No solamente las OSHA y EPA sino también las leyes federales de Insecticidas, Fungicidas y Rodenticidas de 1972 [Federal Insecticide, Fungicide and Rodenticide Act], del control de la Contaminación de las Aguas de 1976 [Federal Water Pollution Control Act] y de Responsabilidad, Compensación y Obligaciones Ambientales o "Superfondo" de 1980 [Comprehensive Environmental Response, Compensation and Liability Act], también obstruyeron la flexibilidad del capital. Aumentaron el tiempo de circulación de capital, los gastos improductivos y el alquiler de terrenos, disminuyendo la productividad, la reinversión y la acumulación. Estos y otros efectos sobre el capital, especialmente la reducción de la flexibilidad del acceso empresarial (y el uso) de las condiciones de producción urbanas y ambientales crearon una opinión muy difundida entre los empresarios, de que el ambientalismo presentaba un obstáculo cada vez más grande a la rentabilidad empresarial. Se creía que el movimiento ambientalista contribuía a la inflación, el estancamiento económico y a la creciente crisis.

Las organizaciones laborales y ambientales negaron cualquier responsabilidad en el descenso de los beneficios, la inflación y el lento crecimiento. El punto de vista general del movimiento obrero era que a los EE.UU. les faltaban los suficientes mercados, y de aquí se percibía la necesidad de aumentar los salarios y el nivel de consumo para aumentar la producción y la realización de beneficios. La perspectiva de los ambientalistas era que la protección y la limpieza ambiental creaban nuevas industrias, beneficios y empleos además de reducir los costes futuros al impedir futuros perjuicios a los recursos ambientales. Am-

bos ven al capitalismo como "limitado por la demanda". Las medidas dirigidas a incrementar la demanda de bienes salariales y bienes de equipo a través de la regulación ambiental, ayudaría a los trabajadores, al conjunto de la economía, o al menos perjudicaría el crecimiento mínimamente.

Sin embargo, tanto el movimiento obrero como el ambiental estaban poco dispuestos a hablar del lado de los costes de la ecuación económica, es decir, los problemas de la productividad laboral, la inversión y la rentabilidad. Pero la obsesión del capital durante los años ochenta fue precisamente los costes, en un periodo de competencia internacional intensificada por parte del agresivo y sumamente productivo capital internacional, sobre todo en el este de Asia. Los Estados Unidos perdieron mercado tras mercado de bienes de consumo producidos en masa y también de muchos bienes de capital. Bajo este tipo de presión el antiguo debate entre empleo y ambiente reapareció, y los movimientos obreros y ambientales fueron capaces de mantener poco más que una unidad simbólica cuando la nueva administración Reagan comenzó a atacarles a ambos.

3. EL CONTRAATAQUE DE LA ADMINISTRACION REAGAN

Hacia el final de los años setenta las coaliciones políticas organizadas por las empresas grandes comenzaron su contraataque.²² Las empresas muy reguladas por el gobierno, sobre todo las químicas, refinerías de petróleo, papeleras y maderas, invirtieron muchísimo dinero en la campaña de Reagan y en apoyo a los candidatos de la Nueva Derecha en las elecciones de 1980 para el Congreso. El objetivo era liberalizar, desregular, lo que en términos políticos significa reestablecer el poder empresarial y debilitar las organizaciones obreras y ambientales —en realidad transformar la crisis económica en un triunfo para el capital. La Administración Reagan, usando la "libertad" como tópico liberalizó los negocios y

²² Val Burris, "The Political Partisanship of American Business: A Study of Corporate Political

Action Committees", *American Sociological Review*, 52, Diciembre de 1987, págs. 736 a 737.

convirtió los departamentos reguladores ambientales en entidades antirreguladoras como respuesta a lo que muchos veían como una "huelga del capital". Ya que la legislación ambiental estaba promulgada anteriormente, Reagan se planteó cómo dejar de aplicarla. El centro de actividad cambió del Congreso al aparato ejecutivo precisamente en el momento en que el último era menos sensible a las políticas favorables al ambiente.²³

En los últimos dos años de la administración Carter había empezado ya una especie de desdemocratización de la burocracia federal con estrategias administrativas para saltarse los procedimientos democráticos incorporados en la EPA, OSHA y otros nuevos departamentos, y para centralizar el poder en los departamentos influidos o controlados por las empresas grandes. Reagan hizo nombramientos políticos para posiciones claves dentro de la burocracia, reorganizó los departamentos ambientales para facilitar más vigilancia por parte del poder ejecutivo, redujó el personal de estos departamentos, introdujo el análisis de coste-beneficio que favorece las decisiones contra la protección ambiental, y recortó los presupuestos, paralizando con eficacia las actividades de vigilancia y de seguimiento para hacer cumplir las leyes. Reagan destituyó todo el personal del CEQ y redujo la fuerza laboral de la EPA el 25 por ciento, su presupuesto en una tercera parte y su financiación para investigaciones en más de la mitad. El gobierno bloqueó o retrasó la nueva legislación ambiental, impidió la aplicación de la legislación actual, y delegó proyectos a gobiernos locales y estatales atados económicamente. En 1982 un memorandum político estableció la "no con-

frontación" con la industria, y por ejemplo el cumplimiento de las normas de la EPA sobre la calidad del agua disminuyó más del 40 por ciento. Finalmente, se reemplazaron muchas de las regulaciones más antiguas, que requerían un cumplimiento generalizado de las leyes ambientales, por reformas de menor coste: impuestos y créditos por contaminación, gravámenes sobre efluentes, mercados de derechos a contaminar — todos dirigidos a aumentar la flexibilidad del capital para cumplir las normas pero también para permitirle continuar contaminando de un modo rentable.²⁴

4. LA REESTRUCTURACION ECONOMICA Y LA NUEVA CRISIS AMBIENTAL

En las sociedades capitalistas la crisis económica se hace servir para reestablecer las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales necesarias para seguir teniendo beneficios, incluyendo los nuevos arreglos institucionales congruentes con las nuevas fuerzas productivas y los nuevos patrones de demanda de mercancías. El capitalismo en los EE.UU superó la mayoría de los límites a la expansión levantados por los movimientos sociales de los años sesenta y setenta, cambiando la política estatal y la organización de los departamentos del Estado, incluidos los procedimientos para hacer cumplir las leyes. Los movimientos obrero y ambiental perdieron fuerza en los años ochenta y las condiciones ambientales y laborales empeoraron a escala nacional y global.

La reestructuración del capital ha tomado diversas formas. Las empresas exter-

²³ Hay estudios excelentes sobre el ataque de la administración Reagan al ambientalismo: Martin Belsky, "Environmental Policy Law in the 1980's: Shifting Back the Burden of Proof", *Ecology Law Quarterly*, 1984; Johnathan Lash, Katherine Gillman y David Sheridan, *A Season of Spoils: The Story of the Reagan Administration's Attack on the Environment* (New York: Pantheon Books, 1984); Sheldon Kamieniecki, Robert O'Brien and Michael Clarke ed. *Controversies in Environmental Policy* (Albany: State University Press of New York, 1986); Norman J. Vig and Michel E. Kraft, *Environmental Policy in the*

1980's: Reagan's New Agenda (Washington D.C.: Congressional Quarterly, 1984); John Claybrook and the Staff of Public Citizen, *Retreat from Safety: Reagan's Attack on America's Health* (New York: Pantheon Books, 1984); Charles Noble, *Liberalism at Work: The Rise and Fall of OSHA* (Philadelphia: Temple University Press, 1986); Walter Rosenbaum, *Environmental Politics and Policy* (Washington D.C.: Congressional Quarterly, 1985).

²⁴ J. Clarence Davies, "Environmental Institutions and the Reagan Administration", en Vig and Kraft, op. cit. p. 146; Davies, 1984, págs. 146 a 148.

nalizaron más costes, gastando menos en la prevención de problemas de salud y seguridad dentro y fuera de la fábrica, la contaminación y el agotamiento de los recursos naturales.²⁵ Los gastos altos debidos a la regulación de la EPA sobre la eliminación de residuos tóxicos (basada en su autoridad bajo la ley de la conservación y recuperación de los recursos, de 1976 [Resource Conservation and Recovery Act]) llevaron a algunas empresas, desesperadas por la escasez de servicios legales para el transporte y la recogida de residuos peligrosos, a emplear las mafias para desplazar sus residuos.²⁶ La legislación ambiental dio lugar a la expansión de prácticas ya muy difundidas de vertederos ilegales de residuos tóxicos, más baratos que los legales y con consecuencias más adversas.²⁷ Y las empresas culpables sobornaron a los funcionarios de la EPA.

Algunas iniciativas de política ambiental intensificaron sin querer los problemas para cuya solución fueron creadas, como respecto a los residuos tóxicos u otros contaminantes. En las palabras de un informe gubernamental, "el gobierno federal gasta miles de millones para eliminar contaminantes del aire y el agua tan sólo para depositarlos en la tierra, y de un modo ambientalmente imprudente". Esto ilustra el proceso contradictorio en el cual luchas sobre una sola cuestión tienden a desplazar los problemas ecológicos de un lugar de la naturaleza o otro, y en formas distintas (y además representando gastos altos para el Estado y el capital). En las palabras de Regenstein (por tomar un ejemplo) "la larga

²⁵ El gasto en instrumentos para controlar la contaminación disminuyó del 5,6 por ciento del gasto en bienes de capital en 1976 al 3 por ciento en 1984 y 2,7 por ciento en 1985. Los desembolsos de capital para controlar la contaminación, en promedio aproximadamente 4,800 millones de dólares entre 1973 y 1980 disminuyeron a 3,000 millones de dólares en 1983. Véase Larry Everest, *Behind the Poison Cloud: Union Carbide's Bhopal Massacre* (Chicago: Banner Press, 1985. pág. 36).

²⁶ Alan A. Block y Frank R. Scarpitti, *Poisoning For Profit: The Mafia and Toxic Waste in America* (New York: William Morrow, 1982); Malcolm Getz y Benjamin Walter, "Environmental Policy and Competitive Structure: Implications of the Hazardous Waste Management Program", *The Policy Studies*

historia del inadecuado desarrollo de la RCRA contribuye a frustrar no solamente esta ley, sino también otras leyes ambientales."²⁸ El funcionamiento de la política de los grupos de interés parece dejar así al movimiento ambiental y al capital en un punto muerto político. La regulación aumenta los costes del capital pero irónicamente fracasa en detener la degradación ecológica.

Además, muchas empresas utilizan tecnologías y procesos productivos nuevos y típicamente más destructivos para reducir sus costes y proteger los márgenes de beneficios amenazados por la competencia económica. Las industrias de bienes de capital inventan tecnologías y maquinaria para reducir los costes de las empresas con dificultades económicas en los sectores de bienes de capital y bienes de consumo. La reducción de costes es lo más importante en la mente de los empresarios cuando compran su tecnología y maquinaria, por ejemplo nuevos materiales sintéticos y plásticos, nuevas semillas y plaguicidas más poderosos que han causado nuevos problemas tanto para la naturaleza como para las personas.²⁹ Gracias a la demanda de tecnología que reduce los costes, la contaminación producida por la alta tecnología del Silicon Valley es, en parte, atribuible directamente a la crisis del capitalismo estadounidense.

La crisis económica también provoca la introducción de alimentos, medicinas, aparatos y otros bienes de consumo más rentables pero también más peligrosos.³⁰ El ataque del gobierno de Reagan a la Food and Drug Administration, a la Consumer

Journal, 9, 3 Diciembre de 1980.

²⁷ Andrew Szasz, "Corporations, Organized Crime and the Disposal of Hazardous Waste: An Examination of the Making of a Criminogenic Regulatory Structure", *Criminology*, 24, 1, 86, pág. 6.

²⁸ Lewis Regenstein, *How to Survive in America the Poisoned* (Washington D.C.: Acropolis Books, 1986, pág. 160).

²⁹ Jeremy Rifkin, *Declaration of a Heretic* (Boston: Routledge and Kegan Paul, 1986). Una visión histórica general, en Barry Commoner, "The Economic Meaning of Ecology" en Jerome H. Skolnick y Eliot Currie, ed. *Crisis in American Institutions* (Glenview, Illinois: Scott, Foresman, 1988).

³⁰ Claybrook y otros, op. cit.

Product Safety Commission y a oficinas del Departamento de Agricultura posibilitó un incremento de lo que sólo puede describirse como el "marketing de tóxicos". Además, ahora hay una rebatiña desenfrenada y más destructiva por conseguir fuentes más baratas de recursos renovables y no renovables. Los proyectos para abrir nuevos campos de petróleo y bosques públicos están motivados más por la necesidad de las empresas madereras y energéticas de conseguir el petróleo, la madera y otros combustibles y materias primas a precios más baratos, que por la escasez de estos artículos. El resultado es el aumento de las plataformas marinas de perforación de petróleo y talas destructivas, con todas las consecuencias ambientales concomitantes adversas.³¹

El aumento de "trabajo en casa" (economía sumergida) donde las condiciones de salud y la seguridad están poco controladas, también se aceleró durante la época de Reagan. Durante los años ochenta disminuyó la protección del litoral, de refugios para las aves y los recursos hídricos, todo en nombre de la responsabilidad fiscal. Las batallas legislativas libradas por los movimientos obrero y ambiental en los Estados Unidos produjeron la legislación de los años sesenta y setenta y por tanto contribuyeron indirectamente a la internacionalización de la producción capitalista y a la consecuente exportación de la degradación ambiental y los problemas de salud al Tercer Mundo y a otras partes. Se exportan procesos productivos y bienes de consumo más rentables pero más peligrosos y se exportan residuos además de la destrucción generalizada de los bosques de la Tierra y nuevas amenazas para la misma integridad

³¹ Para una discusión excelente sobre las luchas de los ambientalistas por los recursos en el Oeste, véase. Peter Wiler y Robert Gottlieb, *Empires in the Sun: The Rise of the New American West* (Tucson: University of Arizona Press, 1982). Véase también Walter Rosenbaum, *Environmental Politics and Policy* (Washington D.C. Congressional Quarterly, 1985, págs. 219 a 284).

³² Barry L. Castleman y Vicente Navarro, "International Mobility of Hazardous Products, Industries and Wastes", *International Journal of Health Services*, 17, 4, 1987.

³³ David Weir, *The Bhopal Syndrome: Pesticide Manufacturing and the Third World* (International

del clima del globo, los océanos y la atmósfera.³²

La aproximación monotemática legislativa del ambientalismo ha inducido al capital a desplazar sus costes en formas diferentes a otro lugar. El escaso análisis del capitalismo por parte del movimiento ha ayudado, sin querer, a generar consecuencias adversas sobre el bienestar de las personas y su medio. Mientras los ambientalistas responden a los peligros ecológicos, el capital tiene sus propias leyes férreas. Al no proyectar una estrategia global política y económica, los movimientos obrero y ambiental ayudaron a provocar inconscientemente las crisis ambiental y de salud de los años ochenta. La ausencia del internacionalismo obrero y ecológico contra la explotación capitalista ha resultado desastrosa para el Tercer Mundo, donde la protección del trabajador y el ambiente es débil.³³ El racismo ecológico ha perjudicado a las minorías de color y de oprimidos de los Estados Unidos, y aun más debido a la política de reducción de costes y la crisis económica. Los movimientos y coaliciones regionales y locales en general no han mirado más allá de sus propias zonas para valorar los efectos en otras partes de sus éxitos regionales o locales en la protección del ambiente. En realidad los triunfos legislativos del movimiento ambiental de los años sesenta y setenta se ha convertido en una de las fuentes de sus fracasos de los años ochenta.

De este modo la calidad ambiental en los Estados Unidos es peor en 1990 que en los años sesenta, salvo excepciones notables. Desde 1982, ha aumentado la contaminación del aire, por ejemplo en forma de partículas de polvo, dióxido de azufre (la

Organization of Consumers Unions, 1986); Ruth Norris, ed. *Pills, Pesticides and Profits: The International Trade in Toxic Substances* (New York: North River Press, 1982); Stuart L. Hills, *Corporate Violence, Injury and Death for Profit* (Rowman & Littlefield Publishers, 1987); y Larry Everest, *Behind the Poison Cloud: Union Carbide's Bhopal Massacre* (Chicago: Banner Press, 1985). El autor da pruebas de las medidas adoptadas para reducir los gastos en la construcción y el funcionamiento de la fábrica de plaguicidas de Union Carbide en Bhopal, en la India y que dieron como resultado el peor accidente químico ocurrido en el mundo, causando la muerte inmediata de 5.000 a 10.000 personas.

lluvia ácida) y monóxido de carbono (enfermedades respiratorias).³⁴ Actualmente hay entre 30.000 a 50.000 vertederos de residuos tóxicos (de los cuales sólo 200 tienen permiso) y se descubre cientos más cada año.³⁵ Se ha gastado más de 100.000 millones de dólares como resultado de la Ley del Agua Limpia, pero la calidad del agua no ha mejorado en la mayoría de los ríos de los Estados Unidos. Más acuíferos están envenenados, se han erosionado más tierras o vuelto improductivas debido a la salinización o a otros problemas. La presencia de nitratos, arsénico y cadmio ha aumentado considerablemente.³⁶ La contaminación del océano y de las playas se ha convertido en un escándalo nacional, tal como la amenaza al litoral y los refugios faunísticos. Aunque el movimiento ambiental ha conseguido unos triunfos importantes (por ejemplo la restauración de habitats, la conservación de terrenos públicos silvestres, la gasolina sin plomo) no ha logrado detener el proceso de la destrucción ambiental en los Estados Unidos; de hecho, sin quererlo, también ha contribuido a acelerarlo. El resultado es que actualmente los ambientalistas, el movimiento obrero y los grupos comunitarios se encuentran en lucha contra nuevas formas de degradación ambiental y contra la reaparición de antiguas prácticas destructivas. Mientras tanto, los problemas económicos también plantean una contradicción para el mismo capital: la destrucción de la naturaleza como estrategia para resolver la crisis a corto plazo, amenaza con crear obstáculos más grandes a la acumulación a largo plazo.

5. LA CRISIS SOCIAL EN EL MOVIMIENTO AMBIENTALISTA HOY

La forma organizativa que tomó el movimiento durante los años setenta ha llevado a un callejón sin salida. El papel original del movimiento era llevar a cabo

estudios, ayudar a redactar la legislación y organizar grupos para apoyar la aprobación de la legislación e impedir iniciativas destructivas para el ambiente. Pero durante los años setenta los ambientalistas se convirtieron en profesionales que trabajaban en instituciones de los gobiernos federal, estatal y local, y también dentro de las organizaciones no gubernamentales.

Hacia 1976, los representantes profesionales de organizaciones ambientales habían tomado posiciones directivas en la EPA y otros departamentos gubernamentales. La semiinstitucionalización del movimiento como perro guardián del gobierno para la ejecución y cumplimiento de la legislación ambiental, y la percepción del público de que ya había quien se ocupase de los problemas ambientales, dio como resultado la desmovilización parcial de los miembros en muchas organizaciones ambientales y la centralización del poder de toma de decisiones. A finales de los años setenta, este proceso de debilitamiento de la base combinado con el contraataque empresarial, puso el movimiento a la defensiva. Después de una serie de derrotas que señalaron el fin de la "década ambiental" el movimiento se profesionalizó aún más. El objetivo era recuperar la legitimidad y la consideración de expertos en círculos políticos cada vez más hostiles. Sin embargo, la consecuencia fue reducir las prácticas democráticas internas dentro de algunas de las organizaciones ambientales y en los nuevos departamentos reguladores estatales, y también se redujo la responsabilidad democrática del Estado hacia el movimiento. El centrarse en soluciones y otros compromisos desde un punto de vista técnico-racional, antes que sobre temas de poder y decisión políticos, hizo disminuir el interés y la participación del público.³⁷ Las escisiones en el movimiento que comenzaron a mediados de los años ochenta, nacieron por la profesionalización, que se desarrolló no solamente porque el interés general había

³⁴ Barry Commoner, "A Reporter At Large: The Environment," *The New Yorker*, 15 de junio, 1987, págs 46 a 71; Ernest J. Yanarella y Randal H. Ihara (eds.) *The Acid Rain Debate: Scientific, Economic and Political Dimensions* (Boulder: Westview Press,

1985).

³⁵ Véase Regenstein, op. cit. pág. 137.

³⁶ Commoner, op. cit. pág. 51.

³⁷ "Editorial", *Democracy*, Julio de 1982, 2.

cambiado de hacer leyes a aplicarlas sino también (como ya se ha visto) debido a la nueva hostilidad hacia la política ecológica, por parte del empresariado y el gobierno federal. La profesionalización era (y sigue siendo) una estrategia liberal para llegar a acuerdos y ganar concesiones de un gobierno nacional "poco amistoso".

La reacción contra esa profesionalización del ambientalismo fue crear una nueva política de base, incluyendo la acción directa contra las empresas madereras, las contaminantes y otras. Hubo conflictos entre los nuevos grupos de acción directa, que quieren resaltar los ejemplos de destrucción ambiental y detenerlos en su origen, y la política del consenso institucional, de la componenda y de la profesionalización. Las divisiones dentro del movimiento son debidas a que se desatienden las relaciones locales y globales entre esa política de grupos y la fuerza combinada de las crisis económica y ecológica. La salud del trabajador, de la comunidad y del ambiente están en peligro pero también lo están la viabilidad de las estrategias políticas tradicionales, las tácticas y los medios utilizados por los ambientalistas en los años sesenta y setenta. Los ambientalistas están poco dispuestos a abandonar la política pluralista y el proceso de reforma legislativa que resulta de ésta. En vez de dedicarse a comprender integralmente la crisis económica y ecológica actual, los términos del debate dentro del movimiento todavía reflejan un paradigma pluralista, cuando no ecléctico. Dentro de la concepción del mundo que tiene el ambientalismo, la crisis del ambientalismo aparece *principalmente* como una crisis de los valores sociales, es decir, competitividad, privatización, desregulación y dominación de la naturaleza en contra de una relación con la naturaleza armoniosa y no explotadora.³⁸ Dentro del movimiento ambiental

³⁸ Los pluralistas liberales llaman a este conjunto de valores "el paradigma ambiental dominante" (PAD). "El nuevo paradigma ambiental" (NPA) basado en una relación armónica con la naturaleza, desafía cada vez más al PAD (Dunlap y Van Liere, "The New Environmental Paradigm", *Journal of Environmental Education*, 10, 1978; Canton y Dunlap, "A New Ecological Paradigm for Post Exuberant Sociology", *American Behavioral Scientist*, 15, 1980). El

se piensa que su propia crisis es el resultado de no haber informado e influido al público para ganar su apoyo. Cargado con una autocrítica que no va más allá de temas culturales e ideológicos, el movimiento afronta la tensión clásica que aparece en el pensamiento pluralista: la movilización de base versus el consenso institucional establecido por dirigentes y expertos. Una parte del movimiento considera que la crisis se debe a la participación ineficaz de la base, y otra parte la interpreta como debida a los compromisos y consensos ineficaces. Dentro de este marco, el movimiento no es capaz de explicar sus propias derrotas y problemas en términos de poder del capital y del Estado y las dialécticas de las crisis económicas y ecológicas, sino solamente en términos de los fracasos del mismo movimiento en llevar a cabo acciones militantes o influir con éxito en los departamentos del Estado y en la política. Al nivel de la dirección nacional "algunos miembros de la comunidad ambientalista opinan que tal vez el movimiento está cambiando de una postura de confrontación hacia una época de cada vez más moderación".³⁹ Muchos participantes de base están en total desacuerdo con este punto de vista.

Los grupos de acción directa consideran a los dirigentes nacionales como corrompidos por Washington, personas que ponen sus intereses como dirigentes por encima de los objetivos del movimiento. Al dejar los problemas en manos de los expertos se piensa que el movimiento se aparta del público general, y que en este proceso no solamente pierde su visión ecológica sino también la participación de las masas. Un diálogo entre Brock Evans, de la Sociedad Audubon, y el fundador de La Tierra Primero [Earth First], Dave Foreman, define las líneas de la batalla. Evans preguntó: "Quiero saber qué superficie de bosque la

pluralista Lester Milbraith ha escrito uno de los estudios más populares sobre los valores culturales de los "ciudadanos" y los "dirigentes gubernamentales": *Environmentalists: Vanguard For a New Society* (Binghamton: SUNY Press, 1984).

³⁹ Philip Shabecoff, "Changes May Soften Environment Movement", *New York Times*, 16 de Abril, 1985.

acción directa ha salvado en los últimos años". Foreman replicó, "¿Cuánta superficie ellos han regalado?" (a través de compromisos y negociaciones).⁴⁰ Esta escisión dentro del movimiento ha dado más poder político a los defensores del paradigma ambiental dominante.

La reacción de las bases en parte se debe a las ideologías nuevas o revivificadas. Una es la tradición protectora de la naturaleza, renacida como "la ecología profunda", "los límites al crecimiento" y "el biorregionalismo", que constituyen la columna vertebral ideológica de organizaciones como La Tierra Primero y la Red de Acción de la Selva Tropical [Rainforest Action Network].⁴¹ Las ideologías neorrománticas sobre la naturaleza influyen y se fusionan en las nuevas ideas y valores ecofeministas.⁴² Estos son participatorios en el sentido de que piden cambios drásticos en el estilo de vida personal, rechazan formas despilfarradoras de consumo y proponen tecnologías apropiadas y una sociedad comunitaria.⁴³ Son populares la guerrilla ambiental, los boicoteos y otras tácticas que inciden en los medios de comunicación.⁴⁴ Sin embargo, la renovación de la tradición romántica corre el riesgo de ser sencillamente una retirada hacia versiones ideológicas del pasado, y también renovar aspectos del pensamiento occidental políticamente represivos como el neomalthusianismo, el anti-humanismo y el racismo "científico". Además los "no-dirigentes" de este movimiento (como se refieren a sí mismos algunos de los de La Tierra Primero) en general están apartados de las clases medias y obreras. Los llamamientos para una "vida sencilla" realizados sin desafiar la producción y las relaciones sociales capitalistas, significan potencialmente salarios más bajos, consu-

mir menos y una mayor explotación laboral, pudiendo acelerar de este modo tanto la acumulación capitalista como la degradación ecológica. Finalmente, la mayoría de las estrategias de acción directa son defensivas y no ofrecen un programa político para una sociedad transformada.

En contraste con lo anterior, la mayoría de las formas urbanas de acción de base tienen un apoyo más amplio, sobre todo las que se dirigen a los temas de residuos tóxicos y energía nuclear. Las luchas por el "derecho a saber" y por "la reducción en el origen" de los residuos tóxicos, han aumentado su fuerza durante los años ochenta, basadas en las luchas de miles de organizaciones locales y regionales, a veces actuando en coalición con grupos comunitarios y obreros. Se pueden volver más radicales en el sentido de que implican la necesidad de una democratización radical del control sobre la producción y la transformación de las relaciones de producción (y de propiedad). De este modo es posible que representen los primeros pasos hacia una amplia y democrática contraofensiva contra el capital y los departamentos del gobierno insensibles y hostiles. Por ejemplo, en la legislatura de California se introdujo en abril de 1988 el proyecto de ley sobre la "reducción de tóxicos" apoyado por más de 50 organizaciones de consumidores, obreras y ambientales, que exigiría a los empresarios reducir la producción y el uso de compuestos tóxicos y también daría al gobierno estatal el poder de prohibir las sustancias químicas que tuvieran alternativas más seguras. Esto representa en potencia un golpe político contra las enormes industrias petroquímicas, electrónicas y agroquímicas. No obstante, el proyecto de ley también amenaza empeorar los problemas económicos (y tal vez los problemas

⁴⁰ Seth Zuckerman, "Environmentalism Turns 16: A Movement Takes Stock", *The Nation*, 18 de Octubre, 1986, pág. 368.

⁴¹ George Sessions, "The Deep Ecology Movement: A Review", *Environmental Review*, verano 1987, págs. 105 a 125.

⁴² Ariel Kay Salleh, "Deeper than Deep Ecology: The Ecofeminist Connection", *Environmental Ethics*, 6, invierno de 1984, págs. 339 a 345.

⁴³ Allan Schnaiberg, "Redistributive Goals Ver-

sus Distributive Politics: Social Equity Limits in Environment and Appropriate Technology Movements", *Sociological Inquiry* 53, 2/3, primavera de 1983, págs. 200 a 219.

⁴⁴ Joe Kane, "Mother Nature's Army: Guerilla Warfare Comes to the American Forest", *Esquire*, febrero de 1987; Dave Foreman (ed.) *Ecodefense: A Field Guide to Monkeywrenching* (Tucson: Earth First Books, 1985).

ecológicos) si no existe un proyecto democrático social radical o un proyecto socialista que lleve al control económico sobre la industria, las inversiones de capital, el proceso productivo, y su distribución entre los obreros, los consumidores y las comunidades afectadas. Aunque Barry Commoner, el padre de la reducción de la contaminación en el origen, ha mencionado el tema del socialismo, sólo en unos círculos aislados el socialismo ha sido considerado un asunto central, tanto filosófica como estratégicamente.

Por su parte, muchos dirigentes y también funcionarios ambientalistas, se sienten facultados para criticar los movimientos de base, sobre todo los grupos de acción directa, considerando que son extremistas o de tendencia utopista.⁴⁵ Esta interpretación de la crisis del ambientalismo está arraigada en la tradición del antiguo movimiento de conservación de la naturaleza. Su objetivo es proponer soluciones que concilian las lógicas contradictorias de la política expansionista y de la política exclusionista, una solución que los problemas económicos actuales de los Estados Unidos parecen hacer difícil sino imposible. En el contexto de la reducción del espacio político y económico para el ambientalismo, que hace que los grupos de la línea principal se vuelvan más conciliadores y abran su mentalidad a los compromisos, el antiguo "dualismo" entre proteccionismo y conservacionismo aparece de nuevo. Ahora Muir ha sido incorporado por David Brower y Dave Foreman, y Pinchot por William K. Reilly y Jay D. Hair, vicepresidente ejecutivo de la Federación Nacional de la Fauna Silvestre [National Wildlife Federation], quien dijo recientemente que "nuestros argumentos deben traducirse en beneficios, ganancias, productividad e incentivos económicos para la industria."⁴⁶ William

Reilly, el nuevo jefe de la EPA bajo la administración Bush, también ha dicho que "debemos introducir una nueva época en la historia de la política ambiental, una época señalada por la reconciliación de los intereses, por soluciones imaginativas logradas a través de la cooperación y el consenso, por la decisión de escuchar y resolver las diferencias."⁴⁷ Como presidente de la Fundación para la Conservación [Conservation Foundation] y el Fondo para la Fauna Mundial de los EE.UU. [U.S. World Wildlife Fund], dos organizaciones con un importante respaldo de la industria que se fusionaron en 1985, Reilly a menudo ayudaba a flexibilizar las leyes ambientales en favor de los intereses empresariales.

Los ambientalistas profesionalizados piensan que necesitan recuperar un lenguaje y una política amplios y razonables y que hay que sustituir a los no pragmáticos "ecologistas kamikaze" por "voces moderadas".⁴⁸ Se piensa que hace falta un conocimiento y una perspicacia política especiales para conseguir compromisos significativos, un argumento basado en las premisas falsas —en gran parte— de que la crisis del ambientalismo es el resultado del colapso del consenso de valores y que el exceso de democracia participativa en las organizaciones ambientalistas limita la flexibilidad de la dirección.⁴⁹ No obstante, ¿para qué sirve un consenso de valores y la flexibilidad en una época en que el acudir a los tribunales es en su mayor parte ineficaz, costoso y exige mucho tiempo, y cuando el poder del Estado se opone a medidas más ambientalistas, excepto quizás como una política simbólica? La respuesta es que algunos dirigentes de las organizaciones nacionales han optado por negociar acuerdos casi secretos con empresas contaminantes. Esto asfixia a la democracia de base aún más. Además, el mismo movimiento obre-

⁴⁵ "Environmentalists may "destroy" EPA, Ruckelshaus warns", *San Francisco Examiner & Chronicle*, 9 de Diciembre, 1984.

⁴⁶ Citado por Commoner, op. cit., pág. 68.

⁴⁷ Véase "Bush's EPA Choice Says He'll Give Acid Rain Priority", *San Francisco Chronicle*, 1 de febrero, 1989, pág. A12.

⁴⁸ "Las voces moderadas que intentan lograr un consenso a largo plazo alrededor de cuestiones muy,

muy difíciles tendrán más éxito que los ambientalistas kamikazes" dijo Jay D. Hair, vicepresidente ejecutivo de la National Wildlife Federation (NWF) de 4,5 millones de miembros (Stanfield, op. cit. pág. 1350).

⁴⁹ David Brower, presidente del Earth Island Institute, opina que el extremismo ambiental es positivo para el consenso porque "los extremistas hacen parecer sensatos a todos los demás". (Entrevista personal, Junio de 1987).

ro paga típicamente el precio de tales compromisos. En 1985, la Mesa Redonda sobre la Lluvia Acida [Acid Rain Roundtable], un grupo que representa organizaciones ambientales y empresas energéticas, aconsejó reducir el uso de carbón con mucho azufre (en vez de invertir en filtros costosos). Esto hizo que los mineros de los Apalaches cargasen con la protección ambiental, una consecuencia poco sorprendente dado que no se invitó al sindicato United Mine Workers a asistir a la mesa redonda.⁵⁰ Cualquiera que quisiera dividir a los ambientalistas del movimiento obrero no hubiera podido preparar un plan mejor para conseguirlo. También han aparecido divisiones entre el movimiento pacifista y el ambientalista. Por ejemplo, en 1985, la Nuclear Concerns Coalition, un grupo de activistas dentro del Sierra Club, exigió que el Club adoptara una resolución que declarara que la prevención de la guerra debería ser una prioridad "conservacionista" nacional. Fueron tácticamente superados por la moderada dirección del Club, dando como resultado una mini-crisis en la organización.⁵¹

En suma, los compromisos y las concesiones son movimientos defensivos que han alejado los términos del debate de la lucha directa contra la destrucción ecológica. Lo han llevado hacia soluciones que implican el análisis de coste-beneficio, permisos para contaminar, compensaciones y créditos ambientales. Parece que a la línea principal ambientalista le falta una estrategia sistemática para resolver tanto la crisis ambiental como la crisis dentro de su propio movimiento. Esto se halla reflejado en los programas publicados por destacadas organizaciones ambientales para las Administraciones Reagan y Bush. Tanto en *An*

Environmental Agenda for the Future como en *Blueprint for the Environment*, falta cualquier crítica a la crisis del capitalismo estadounidense y sus implicaciones para posibles reinterpretaciones de la historia pasada del ambientalismo y para promover una política realista y a la vez creíble para el futuro.⁵² El informe refleja un afán de construir coaliciones con cualquiera — sindicatos o empresas— para apoyar demandas ambientales específicas. Por último pero no menos importante, con pocas excepciones, tanto el ambientalismo mayoritario como el "extremismo" de la acción directa, han actuado con fatal lentitud en la dirección de internacionalizar el movimiento. Esto es una necesidad evidente desde el punto de vista de la ecología socialista, dada la internacionalización de la producción capitalista, la degradación ecológica y las crecientes luchas en el Tercer Mundo que combinan demandas y preocupaciones económicas, ambientales, sociales y políticas. En resumen, el ambientalismo moderno (con la destacada excepción de las coaliciones contra los residuos tóxicos y similares) ahora corre el riesgo de convertirse en parte del problema, no en parte de la solución.

6. HACIA UN MOVIMIENTO DE ECOLOGIA SOCIALISTA

El movimiento ambientalista (por no hablar del movimiento obrero) se ha debilitado por su incapacidad de avivar la lucha por democratizar el Estado y el lugar de trabajo, de luchar contra el racismo ecológico e incorporar las minorías oprimidas y sectores más amplios de la clase obrera, y desarrollar una solidaridad ambiental con esos movimientos y gobiernos del Tercer

⁵⁰ Commoner, op. cit. pág. 76.

⁵¹ David Bouquin, *The Sierra Club: Conflict Between Organizational Maintenance and Grassroots Activism* (Environmental Studies Senior Thesis: University of California, Santa Cruz, 10 de noviembre, 1986).

⁵² Según el primer informe, "la clave a la solución de la mayoría de los problemas planteados en este programa para el futuro es la consciencia pública de las cuestiones y un reconocimiento de las interconexiones entre el crecimiento de la población, la disponibili-

dad de los recursos naturales, el desarrollo y el impacto ambiental... En muchos de los casos, las recomendaciones están consensuadas". Robert Cahn, ed. *An Environmental Agenda for the Future* (Washington D.C.: Island Press, 1985, pág. 23.) Para una crítica del informe, véase Commoner, op. cit. págs. 66 a 67. Véase también Kennedy P. Maize, ed. *Blueprint for the Environment: Advice to the President-Elect from America's Environmental Community* (Washington D.C.: Noviembre de 1988).

Mundo que saben que el desarrollo económico capitalista, la degradación ecológica y la pobreza son aspectos diferentes del mismo problema general. La crisis de la naturaleza y del capitalismo internacional ha vuelto más transparente la oposición entre el capital y la naturaleza, y el capital y el movimiento obrero, como ponen en manifiesto la proliferación de coaliciones locales, desatendidas por Washington, contra residuos tóxicos, antinucleares y otras. Casi totalmente ausente de los debates y las discusiones actuales sobre el futuro del ambientalismo en los Estados Unidos está la relación entre ese movimiento y el problema económico del capitalismo estadounidense, y el reconocimiento de que la crisis económica ha llevado a la intensificación de la degradación ecológica. Además, en la medida en que el movimiento ambiental ha hecho subir los costes, ha bajado la productividad, y ha forzado la reestructuración del capital, cabe decir que los ambientalistas también se han implicado en el ataque del capital contra el movimiento obrero durante los años ochenta. Asimismo, como el movimiento obrero estaba parcialmente implicado en la crisis económica, se puede decir que él también comparte algo de la responsabilidad del ataque de capital y el Estado no solamente sobre él mismo sino también sobre el ambientalismo. En realidad parece que el capital ha utilizado al ambientalismo para debilitar al movimiento obrero en términos de salarios, horas y condiciones de trabajo, igual que ha utilizado al movimiento obrero para debilitar al ambientalismo. La naturaleza pluralista e individualista de los movimientos sociales en los Estados Unidos puede aumentar sus logros pero también puede ocultar sus propias tendencias autoanulantes en el contexto de la crisis del capitalismo mundial.

Sin embargo, los análisis, hipótesis, juicios y especulaciones ofrecidas en este artículo no se deberían interpretar como una valoración general negativa del movimiento ambiental. Los numerosos triunfos legislativos del ambientalismo, el aumento de la conciencia ecológica como resultado de miles de luchas locales y de la educación masiva realizada, los logros específicos y la

rica experiencia obtenida por docenas de miles de activistas y organizadores, constituyen una herencia valiosa. El movimiento ambiental en conjunto ha tenido una función progresista en los Estados Unidos. No obstante, ahora se trata de ayudar al ambientalismo a alcanzar una nueva etapa de desarrollo, en concreto una comprensión más compleja del terreno político-económico en que lucha. Sin embargo, mientras el pluralismo sea la ideología dominante del movimiento ambiental, las posibilidades de una transformación radical parecen ser limitadas. El pluralismo y el individualismo son impedimentos para que surja un movimiento democrático de masas capaz de catalizar la transformación económica y política de la sociedad junto con los otros tipos de planificación democrática necesarios para vincular la crisis ecológica con los demás problemas sociales.

La necesidad de un movimiento de ecología socialista internacional y de masas es más urgente a medida que la crisis del capitalismo mundial aumenta y empeoran las condiciones ecológicas globales. Tal como cuando en los años treinta el movimiento obrero se vio obligado a cambiar del sindicalismo de oficio al sindicalismo de industria, hoy parece a muchas personas que el movimiento obrero tiene que transformarse del sindicalismo industrial a un sindicalismo internacional aunque sólo sea para seguir el paso al capital. En los años sesenta el movimiento ambiental típico de un conservacionismo/proteccionismo elitista se amplió para incluir a la clase media y sectores de la clase obrera. Hoy parece que desde las luchas locales y nacionales sobre una sola cuestión, hay que ir a un movimiento internacional de amplia base. Además, en la medida en que el ambientalismo etnocéntrico y el laborismo han contribuido a desarrollos económicos combinados y desiguales, han sido parte esencial de la internacionalización de la crisis ecológica y de la pérdida del poder popular político en los EE.UU.

No obstante, hay señales de que un movimiento ecologista internacional, quizás un movimiento socialista autoconsciente pueda desarrollarse en el futuro. El socialismo ecológico está cada vez más es-

tablecido en Alemania occidental, Gran Bretaña, Brasil, la India y otros países. En los Estados Unidos, Greenpeace, Earth Island Institute y Environmental Policy Institute se han juntado con Rainforest Action Network, Pesticide Education and Action Project y Environmental Project on Central America para oponerse a la capitalización y la degradación de la naturaleza en el Tercer Mundo, sobre todo en América Central y Suramérica. Algunas de estas mismas organizaciones apoyaron los esfuerzos del gobierno revolucionario de Nicaragua hacia la reconstrucción ambiental y han pedido el fin del imperialismo estadounidense en El Salvador.⁵³

Pero aún falta mucho camino para ese movimiento, teórica y prácticamente, no sólo en los Estados Unidos sino también en Europa donde se han expresado más claramente las cuestiones políticas y estratégicas. Demasiado a menudo los teóricos socialistas olvidan que el capital "explota"

inevitablemente la naturaleza como medio para explotar la fuerza laboral. Es decir, no se han dado cuenta de que la degradación de la naturaleza es una cuestión crucial y relativamente autónoma. Cualquier movimiento o política socialista que se niega a reconocer este hecho debe fracasar inevitablemente. Pero tal como los socialistas tienen mucho que aprender de los ambientalistas sobre la explotación de la naturaleza, los ambientalistas y los ecologistas tienen mucho que aprender de los socialistas sobre el modo en que el capital utiliza la naturaleza como medio y objeto de producción para explotar la fuerza laboral. Los socialistas han de aprender la ciencia y las percepciones de la ecología, y los ambientalistas han de reconocer que la destrucción de la naturaleza en el mundo capitalista tiene sus raíces en la explotación de las clases y en las leyes del movimiento del capital.

⁵³ Joshua N. Karliner y Daniel Faber, con Robert A. Rice, "Nicaragua: An Environmental Perspective", *Green Paper 1*, San Francisco: Environmental Project on Central America, enero de

1986; y Bill Hall y Daniel Faber, "El Salvador: Ecology of Conflict", *Green Paper 4*, San Francisco. Environmental Project on Central America, marzo de 1989.